

TERCER CONGRESO MUNDIAL

para el

Apostolado de los Laicos

ROMA, 11 - 18 OCTUBRE DE 1967

Juan Miguel Ganuza, S. J.

Estas notas, muchas de ellas escritas al desgaire y en caliente durante el Tercer Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos (Roma, 11-18 de octubre), no quieren ser una crónica, sino más bien un comentario sazonado.

“¿Será un Congreso gozoso?” Se preguntaba la revista católica de París *Informations Catholiques* (1 de octubre de 1967). La pregunta, cargada de intención, traducía un ansioso interrogante. El 18 de octubre, al anochecer, tras la sesión de clausura y la media hora que estuve apostado a la puerta del Palacio Pío contemplando salir a los innumerables congresistas con el rostro jubiloso, la respuesta era patente. Había sido un Congreso gozoso.

El profesor universitario Joaquín Ruiz Jiménez, presidente de Pax Romana, MIIC, y personalidad de relevante prestigio internacional, supo sintetizar en su brillante y maduro discurso de clausura las notas características del III Congreso de Apostolado laical:

—Fue un Congreso de hombres, no de ángeles.

—Fue un Congreso caliente, como la vida, como el amor de la tierra. Hasta se ha gritado, como lo hacen tantos millones de hombres en la tierra.

—Fue un Congreso impaciente, hasta cierto grado, porque sentíamos que había que darse prisa.

—Fue un Congreso con sensación de marcha, de movimiento, urgente, a veces atosigante.

En el Congreso hicieron acto de presencia, a veces intemperadamente y en un lenguaje descarnado y poco académico, las tendencias de la Iglesia de hoy y aun de la Iglesia del mañana, recogidas certeramente también en el citado discurso de Ruiz Jiménez:

Una Iglesia que ya no puede seguir copiando al liberalismo ni al socialismo, sino ser ella misma;

Una Iglesia en que vamos juntos laicos y clérigos, aunque esta marcha en común sea hoy dolorosa;

Una Iglesia más comunitaria y vital;

No se trata de crear un sindicato de laicos, de tipo reivindicativo, contra la Jerarquía, sino una comunidad de personas que sirva de paradigma en el mundo y para el mundo;

Una Iglesia más testimonial, de sacerdotes y laicos, en la que los sacerdotes respeten los deberes de los laicos y sus derechos, sobre todo en el campo de los compromisos temporales;

Una Iglesia que hable el lenguaje de los hombres de hoy, pero lleno de justicia y de amor. Con laicos competentes en el campo científico y técnico, como el mundo lo exige hoy;

Una Iglesia que se comprometa en la lucha contra toda clase de opresiones que también matan a Dios entre los hombres...

¿El último Congreso del Apostolado de los Laicos y el primero de los laicos?

Un corresponsal europeo llamó al III Congreso de Apostolado Seglar “El Concilio Vaticano de los laicos”. Preparado ya minuciosamente antes del Concilio Vaticano II por el COPECIAL, organismo creado por Pío XII para preparar el Apostolado de los laicos, fue precedido por otros dos congresos internacionales, el de 1952 y el de 1957. El Con-

greso de 1957 tuvo decisiva importancia en la preparación del Concilio.

El Congreso presente es hijo del Concilio Vaticano II. Enmarcado en el cuadro de las inolvidables encíclicas de Juan XXIII, *Mater et Magistra* y *Pacem in terris*, y particularmente de los documentos conciliares referentes al laicado y a la Iglesia en el mundo, y a la luz de la encíclica de Paulo VI *Populorum Progressio*, este tercer Congreso ha sido una recia confrontación de la Iglesia y el mundo, de la Iglesia servidora del mundo encarándose con su misión.

Una serie de nuevas instituciones, como el Sínodo de los Obispos, el Consejo de laicos, la Comisión Pontificia "Justicia y Paz" y una seria renovación de las estructuras eclesiales, el clima de secularización, el ecumenismo, una conciencia más nítida de la misión temporal entre los laicos, aun la misma crisis de determinadas organizaciones de apostolado seglar, demasiado vinculadas a la Jerarquía, y el surgimiento de movimientos de tipo misionero y secularista dentro del laicado... eran factores que hacían urgente este magno encuentro internacional que sería la voz de un nuevo, distinto por lo menos, laicado.

En un sugestivo editorial se planteaba una conocida revista francesa este dilema: "El tercer Congreso ¿será del apostolado de los laicos, o más bien un Congreso de los "laicos apóstoles"? ¿No será el último Congreso del apostolado laical y el primero de los laicos en la Iglesia?"

El tema fundamental del Congreso: **El Pueblo de Dios** en el itinerario de los hombres, rebasaba ya los temas de los anteriores congresos y clavaba la pica en el meollo de la problemática del mundo de hoy.

Paulo VI, al anunciar ya con tema y fechas precisos la celebración del Congreso al Colegio cardenalicio el 23 de diciembre de 1966, señalaba la temática fundamental:

"Tendrá por tema uno de los más vivos que el Concilio propuso: **El Pueblo de Dios** en el camino de la Humanidad: un tema de amplias perspectivas y de gran actualidad. Los participantes en el Congreso tendrán la oportunidad de profundizar en el concepto de la Iglesia como Pueblo de Dios, que se inserta activamente en la historia humana; pasarán a examinar la fisonomía del hombre de hoy con sus problemas, sus esperanzas y sus alegrías, sus aflicciones, penas e inquietudes; y considerarán, por último, el sentido del llamado de Dios a la salvación, al progreso, a la paz, y el empeño con que el hombre debe corresponder a aquel llamado."

En la primera parte del Congreso se trataba de ver al hombre de hoy "sus gozos y esperanzas, sus angustias y tristezas". A la luz de la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, se estudiaron algunas de las situaciones vitales del hombre de hoy, características y de valor mundial, haciendo énfasis en el ángulo de la relación hombre-Dios.

En la segunda parte del Congreso se examinó, a la luz de las situaciones dichas, la parte que corresponde a los seglares en la renovación postconciliar de la Iglesia. Todo el pueblo de Dios, caminando en el itinerario de la humanidad, debe renovarse para responder mejor a las llamadas del Espíritu en estas situaciones concretas.

Los temas de las mesas redondas ilustran esta orientación: presentación del mensaje cristiano, adaptado al mundo de hoy, la educación cristiana, diálogo en el

interior de la Iglesia, renovación de las organizaciones de apostolado, diálogo ecuménico, actividad misionera...

El Congreso, en marcha. ¿Rebelión de los laicos?

Ciertamente, ni la Iglesia ni el mundo, por lo menos el de la gran prensa, estaban acostumbrados a oír la voz de los laicos católicos de hoy expresándose con la libertad de verdaderos hijos de Dios y del mundo actual.

Por eso se habló y se escribió mucho de la rebelión de los laicos, y aun hizo la impresión, a través de ciertas crónicas internacionales, de que el laicado se había constituido en sindicato reivindicativo dentro de la Iglesia y frente al mundo clerical, frente a la Jerarquía en concreto. Algunas expresiones no tan matizadas, la angustia gritada a veces en informes y conclusiones, una forma de hablar nueva... crearon dentro de ciertos círculos eclesiásticos y seculares una desazón. La justa reclamación de una autonomía legítima dentro de la Iglesia, aun en su forma no convencional de protesta, no fue bien interpretada. En los diez años de distancia entre el II Congreso mundial y este tercero, el laicado católico había recorrido cien años por lo menos. ¿No son diez años en la época de los cohetes más que un siglo normal de antes?

La Iglesia oficial quería, por otra parte, oír claramente la voz de sus mejores hijos. Hoy se habla claro.

Uno de los observadores, miembro del Consejo Mundial de las Iglesias, destacaba, con alegría y con observaciones de fina madurez, el cambio advertido entre el II y el III Congreso. Hace diez años se sintió alienado. Hoy se sintió hermanado. Hace diez años eran los problemas internos de la A. C., sus relaciones con la Jerarquía..., los que constituían el centro. Hoy el mundo, que es también nuestro. Hoy había sintonizado con un laicado católico moderno, más maduro... Hace diez años, los laicos eran demasiado sumisos y obedientes. Hoy estoy casi escandalizado por su independencia...

La tónica del Congreso la dio sabia, pero audazmente, el señor Th. Kerstiens (Países Bajos), secretario general del Congreso, en su conferencia introductoria. Citemos algunos de sus párrafos:

"Estamos aquí como representantes de una infinidad de grupos e instituciones que representan a su vez las comunidades católicas de nuestros respectivos países... Lo que tenemos en común es nuestro compromiso con Cristo y el ser miembros de una Iglesia fundada por El. Esto significa que no debemos repetir las faltas del pasado, ni considerar nuestro propio grupo, organización o método como el mejor o el más auténtico a los ojos de la Iglesia... Asimismo tenemos que ir más allá de la tajante distinción en nuestra acción hecha en el pasado entre lo espiritual y lo temporal. Los cristianos deben caer en la cuenta de que su vocación espiritual se dirige al mismo objetivo... Por lo tanto, estamos aquí como cristianos comprometidos y no como representantes de instituciones, organizaciones, naciones..., sino como hombres que, redimidos por Cristo, desean impregnarse mejor de la responsa-

bilidad que tienen hacia El, hacia su Iglesia y hacia el mundo en que están insertos...

"El laico hoy necesita libertad... El Vaticano II se ha dado cuenta de que no es el clérigo el que debe dictar al laico la manera de actuar... Esta autonomía comprende también la libertad de hablar e investigar..."

Y es esta libertad y este sentido de autonomía los que han destacado, junto con un profundo sentido eclesial, en casi todas las actuaciones de los laicos en el III Congreso.

Es cierto que hubo expresiones y aun actitudes extremas. Hablaremos de ellas. Pero ¿no son expresión de una adolescencia abusivamente recluida en el corral infantil? ¿Signos de maduración y de afirmación de una personalidad?

El laicado quiere una participación mayor, más efectiva, en las responsabilidades inherentes a la misión de la Iglesia. En mil formas se expresó este ardiente afán durante el Congreso, y quedó plasmado en el memorándum entregado por una delegación del Congreso al Sínodo de Obispos el 17 de octubre:

"Hoy desean vivamente muchos laicos participar en la elaboración de las orientaciones y encontrarse asociados efectivamente a las responsabilidades inherentes a la misión de la Iglesia... La vida de la Iglesia se enriquecerá y su papel en el mundo será más eficaz.

La participación deseada por ambas partes debería estar sometida a ciertas condiciones indispensables:

—Deberían crearse estructuras representativas en los diferentes niveles de la organización de la Iglesia.

—Por estas estructuras podrán expresarse las voces del Episcopado y del Laicado, lo que dará más valor al trabajo en común.

—Los laicos serán designados por votación para estos organismos.

—Estas estructuras deberán ciertamente ser diferentes según los distintos países, pero será preciso que ellas conserven en todas partes un máximo de eficacia, desarrollando ante todo el trabajo de las ya existentes.

—Todas estas nuevas estructuras deberán estar animadas de un espíritu de apertura y lealtad y de una confianza mutua.

—No podrán llegar a su completa eficacia sino después de experiencias concretas, necesariamente tentativas; deberán, pues, ser creadas "ad experimentum".

—Son los problemas que plantean hoy la Iglesia y el mundo —en los que el porvenir se encuentra en germen— los que deben preocupar las iniciativas de los organismos más que los problemas del pasado."

Es una gracia de Dios esta presencia de nuestro laicado en el hoy y su auscultación madura y audaz del mañana. ¿Es esto signo de rebelión o más bien de la legítima y aún no recuperada autonomía, de una maduración rápida y responsable?

Balance del Congreso

La Iglesia jerárquica haría traición a su vocación de servicio al mundo de hoy, y cerraría los ojos imprudentemente a los signos de los tiempos, si no oyera la voz, a veces griterío, del laicado reunido en el Congreso.

Una de las razones más perentorias fue el explícito deseo del Papa y de los Obispos de escuchar esta voz, no coartada, sino libre y recia. Y la oyeron, pues a veces, fue voz en cuello.

Los laicos no tuvieron miedo a hablar claro y duro. Al hacer un oportuno examen retrospectivo del Congreso, el Cardenal de Bombay, Gracias, en la homilía del último día, 18 de octubre, en la basílica de San Pedro, pudo agradecer a los congresistas su activa participación, el haberse expresado "libre y prudentemente, algunas veces hasta imprudentemente (carior libertas), plenamente convencidos de que nuestra fe no es estática, sino dinámica, y que debe crecer con una manifestación moral progresiva..."

El III Congreso fue un congreso de tensiones. Como lo es el mundo de hoy. Hubo escasez de jóvenes y se notó también la escasa importancia de las delegaciones obreras y campesinas. ¿Es éste un punto flaco de la Iglesia, o es que los excesivos gastos que lleva un Congreso así les impidieron asistir? Fue una lástima, principalmente por lo que respecta a América Latina, continente de predominio claro juvenil y donde la Iglesia está arraigada en el pueblo humilde. En la mesa redonda que trató de las tensiones generacionales, punto de vital interés para los jóvenes, sólo había un diez por ciento de jóvenes menores de 25 años.

La justicia social, el ansia de cambio rápido de estructuras, trajeada de "revolución" en muchos de los delegados, principalmente del cono sur latinoamericano, la presencia activa de una Iglesia pobre y servidora del mundo... fueron ideas troncales que agitaron sanamente el Congreso. Con algunas de ellas se jugó tal vez peligrosamente. El Obispo de uno de los países comunistas me lo dijo alarmado: "Muchos de estos latinoamericanos, que desconocen completamente lo que es el comunismo, hablan mucho de revolución y están preparando imprudentemente una revolución que van a capitalizar los comunistas."

En pequeños, pero activos, grupos de congresistas se advertía un claro afán de excesiva autonomía, de cierta cólera contra lo jerárquico y la autoridad de la Iglesia. Los que vimos cómo se redactaron algunas de las conclusiones de las mesas redondas de la primera serie lo pudimos advertir en algunas de las conclusiones parciales. Ellos fueron los que recibieron con evidente desagrado el discurso del Papa que volvía a encauzar ciertas corrientes peligrosas, los que rezonaban en el discurso claro y mesurado de Ruiz Jiménez, los que se movían inquietos cuando el observador del Consejo Ecuménico de las Iglesias ponía en la sesión final los puntos sobre las fes.

Hubo demasiados Obispos y sacerdotes y parece que en algunos casos, sobre todo al principio, se excedieron en sus intervenciones en las mesas redondas. Una llamada al orden de la Comisión eclesial del Congreso y el espíritu, más o menos difuso, que reinaba en el Congreso de fronda anticlerical, sana en principio, nos puso en el justo medio. Más bien nos redujo a ser espectadores. Y se hizo un vacío, que tampoco fue bueno. No creemos que estaba equivocado el observador del Consejo Ecuménico, que se alarmaba de la impaciencia de algunos grupos y de su ansia desmesurada de independencia, de un tremendismo seglarista inquieto: "¿Pero a dónde les va a conducir esta impaciencia? ¿Y de dónde van a recibir orientación, sino de las autoridades que Dios puso en su

Iglesia y de la búsqueda de la voluntad de Dios, sobre todo en la santa Escritura?"

Balance positivo del Congreso. — Roma, el mejor centro de reunión para un congreso de tal categoría. Allí todos somos romanos y nos sentimos en casa, como lo decía el Papa. Excelente organización del Congreso. Hay mucho que agradecer a la espléndida y activa hospitalidad de la A. C. italiana. La numerosa asistencia de observadores de las Iglesias cristianas, que colaboraron como hermanos en todas las actividades del Congreso. Una alta directiva, competente, que supo llevar el Congreso con gran agilidad y altura. Maravillosos los actos litúrgicos.

Entre los elementos negativos hay algunos inevitables, como el excesivo número de asistentes, que motivó la necesaria dispersión, gran obstáculo para una vital compenetración. Excesivo el número y tiempo dedicado a las mesas redondas. Hubiera sido mejor haber tenido antes de algunas de ellas un simpósium que hubiera aclarado muchos puntos. Los simpósiums que se celebraron para los auditores, como el excelente sobre el Ecumenismo, hubieran aclarado muchas de las dudas de las mesas redondas. Ellos, o alguna otra conferencia magistral, al estilo de la del P. Congar sobre el "llamado de Dios", hubieran facilitado la labor y evitado algunas aclaratorias o rectificaciones que, o la directiva, o la Comisión eclesiástica (por ejemplo, sobre la responsabilidad en la procreación), tuvieron que dar.

Elemento negativo fue también la poca preparación que llevaron algunas de las delegaciones, en concreto latinoamericanas, y la poca aglutinación que existía entre otras en puntos básicos y de organización (como en algunas europeas).

El conjunto fue, sin embargo, muy positivo, y el Congreso fue prueba al fuego de la creciente maduración del laicado católico. Fue un gigantesco paso adelante del Pueblo de Dios y un argumento irrefutable de la presencia salvadora de la Iglesia en el mundo moderno.

Impresiones finales de un laico

A estas impresiones, un poco personalistas, les faltaría algo si nos las pudieran completar las de uno de los laicos que tomó parte activa, aunque no en las escalas directivas, en el Congreso. Su dominio de varias lenguas le hizo estar presente más ampliamente en fases importantes del Congreso.

"El Congreso Mundial ha sido una de las experiencias más hermosas de mi vida. Ciertamente, para los 2.500 delegados asistentes marcó un nuevo rumbo en nuestra vida apostólica como laicos de la Iglesia. Completó en cierta forma el trabajo del Concilio y precisó en forma clara nuestro puesto de laicos miembros del Pueblo de Dios..."

Más de 300 delegados de todos los países de América Latina. Venezolanos éramos unos 30. Los latinos hemos tenido bastante participación en las mesas redondas, pero no distinguimos más por ver nuestros puntos negativos, y no nos supimos coordinar y así hacer oír nuestra voz mancomunada.

No podré olvidar la estupenda conferencia del Pa-

dre Congar y la charla introductora del señor Kersiens. Los laicos creemos que las autoridades eclesásticas deben consultar a los diferentes grupos del Pueblo de Dios antes de tomar decisiones, y respecto a la selección de los dirigentes del apostolado seglar, creemos la mayoría de los laicos que es fundamental el derecho a la elección libre y democrática.

En las mesas redondas tal vez fue negativo el dominio excesivo de los expertos, que impedía una libre confrontación de opiniones.

A veces, al llegar a redactar las conclusiones, uno sentía que querían imponer las suyas y no buscarlas en la sala de trabajo... Hubo muchas quejas también contra ciertas formas de funcionamiento del mecanismo interno del Congreso, que aparecía misterioso para muchos de los delegados y tal vez demasiado vinculado con las autoridades vaticanas. Aunque creo que en muchos delegados había a este respecto un aguda hipersensibilidad.

El programa litúrgico fue muy hermoso. La plena participación de tantos hombres en la liturgia nos colmó de alegría. Me extrañó, sin embargo, no ver la Biblia en manos de los delegados.

En conclusión: el Congreso ha sido una experiencia inolvidable, particularmente por el contacto con tantos cristianos seglares de todo el mundo, por sentirnos todos formando un gran Pueblo, preocupados todos nosotros los laicos por nuestra propia renovación espiritual y responsabilidad en el mundo de hoy, por ver la presencia de tantos profesionales, intelectuales... en sincera solidaridad con los oprimidos y pobres del mundo.

De los aspectos negativos, el principal, tal vez, era el excesivo número de asistentes, algunos no con un verdadero interés; la ausencia, casi total, de ciertas clases del Pueblo de Dios, obreros, campesinos, jóvenes, que no pudieron pagarse sus gastos; un programa demasiado recargado que dejó poco tiempo para el contacto personal y el intercambio de experiencias apostólicas..."

Punto final

Tal vez, en la trepidante atmósfera del Congreso pareció ausente el motor de la vida espiritual, de la vida en Cristo. Con razón notaba el observador del Consejo Ecuménico que era capital el no olvidar buscar la voluntad de Dios en la oración y el estudio de la palabra de Dios en la Biblia. Sin eso temía él que la impaciencia de reformas de muchos llevara demasiado lejos. También el Papa, al recalcar ideas fundamentales en el apostolado seglar, insistía en la unidad profunda y personal con Cristo, y urgía, además del estudio de la Biblia y la participación en la liturgia, "la oración personal y silenciosa".

Y el testimonio conmovedor de aquella señorita sobre los laicos consagrados a la oración contemplativa en el mundo hizo más bien que las impacencias de muchos.

El Papa exhortaba a los obispos a confiar plenamente en los laicos, a tener confianza en ellos. Y transformarían el mundo sólo cuando se sientan testigos de Cristo.